

EL NIÑO SIN HOGAR

0-3 ANOS. EL MATERNO INFANTIL

Hace varios años llego al centro materno infantil de Oviedo un niño. Tenía una semana de vida.

Lo habían encontrado en el parque del Campillín, tirado, y junto a él estaba su madre, que era drogadicta. Lo llevaron al hospital y le hicieron análisis. Estos dieron que el niño tenía síndrome de abstinencia. A su madre le diagnosticaron VIH positivo. Dejaron al niño en el hospital en observación y, cuando ya estaba bien, lo llevaron al centro materno infantil.

El materno infantil de Oviedo es un centro donde hay 50 niños sin hogar, desde que nacen hasta que son dados en adopción o trasladados a otros centros.

Al llegar, el niño lloraba mucho y nadie era capaz de hacerle callar. Estuvo seis meses sin poder salir de allí, porque su madre no lo iba a ver, no tenía a nadie quien lo sacase del centro y no había voluntarios suficientes para sacarlo a pasear. El niño tenía los ojos azules, y tenía una mirada muy triste, le faltaba cariño, su pelo era rubio y tenía una tez de color blanquecino. Se llamaba Adán.

Tras seis meses sin salir de allí, empezó a salir con unos voluntarios a pasear. La primera vez que los vio los miraba muy raro, porque no los conocía, pero pronto salía con ellos muy contento. Su aspecto había cambiado, ya no era ese niño con la mirada triste, o al menos, cuando salía a la calle tenía lo que todo niño con su familia tiene, gente que le da cariño, y algún que otro capricho, como todos. Ahora su mirada ya no era triste, al contrario, era muy alegre.

Empezaba el verano, y tras dos años enteros siguiendo esta rutina, al niño no lo daban en adopción y pronto tendría que empezar a la escuela. Por este motivo lo tendrían que trasladar a otro centro. Durante el verano Adán fue a la playa con sus voluntarios, y lo pasó muy bien, pero a finales de agosto, lo trasladaron de centro, y dejó de ver a sus cuidadores y a sus voluntarios, que hacían su labor sólo en el materno infantil.

3-6 ANOS. DE CENTRO EN CENTRO

Al principio él no conocía a nadie y estaba asustado, pero pronto conoció a más niños y se fue acostumbrando a su nueva vida. Había algo que él echaba de menos, al cambiar de centro; sus voluntarios no podían seguir paseándolo porque no se lo permitían, entonces tuvieron que dejar de verlo. Pero él todavía no los había olvidado y se acordaba de ellos de vez en cuando y les preguntaba a sus nuevos cuidadores, pero ninguno sabía que responderle. Solían decirle que ellos ya no podían ir a verle, pero a él eso no le ayudaba en absoluto.

Acudía a la escuela como cualquier otro niño, y se divertía mucho jugando con el resto de sus compañeros. Uno de ellos se llamaba Juan, y era con el que más tiempo pasaba. Compartían habitación.

Un día al regresar a su casa, llamó a Juan, pero nadie contestó, y una de sus cuidadoras le explicó que a Juan lo habían vuelto a cambiar de centro porque llevaba mucho tiempo allí y nadie lo adoptaba. Al enterarse de esta noticia se puso a llorar y se encerró en la habitación, la cuidadora fue detrás de él, pero él no le hizo caso. Durante un mes Adán no fue el mismo niño, estaba triste a todas horas, se acordaba mucho de Juan. Habían estado un año juntos. Al siguiente mes fue su cumpleaños, cumplía cuatro años, en el centro prepararon una fiesta, le dieron una tarta y un regalo, pero la mayor sorpresa que se llevó fue encontrar a Juan, al que le habían permitido volver para el cumpleaños. Pero, por desgracia, no se podía quedar, sólo había ido a pasar un día muy especial para Adán y debería regresar pronto a casa, porque de lo contrario, lo castigarían.

Durante ese año llegaron al centro dos compañeros que habían estado con él en su anterior vivienda, pero uno de ellos había tenido suerte y había conseguido entrar en el programa de adopción y se lo habían entregado a un matrimonio que tenía una niña de la misma edad.

Al año siguiente, Juan ya no había ido a su cumpleaños porque ya no estaba en Asturias, lo habían trasladado a otra provincia, era lo único que le habían dicho, y desde entonces nadie le había vuelto a hablar de él. De vez en cuando todavía le recordaba, pero sabía que ahora estaba mucho mejor. Lo habían dado en adopción, y para estos niños, es un gran logro.

Ahora tenía un nuevo compañero de habitación, pero llevaba poco tiempo con él. Se llamaba Sergio. Tuvo muy mala suerte, porque en uno de los días que regresaba de la escuela, un coche lo había atropellado y se había roto una pierna y un brazo. Lo llevaron al hospital y tardó mucho tiempo en volver a verlo.

Cuando todo el mundo pensaba que lo iban a dar en adopción, apareció su padre solicitando poder ir a verlo. Pero un juez denegó la petición porque su padre no lo había visto en cinco años, y al no acudir a verlo se le había quitado este derecho. Pero un día, cuando se dirigía al colegio con una cuidadora y otro niño, pasaron por un lugar en el que había mucha gente y al atravesarlo, se dieron cuenta que había desaparecido. Denunciaron su desaparición a la policía, que fue a buscar a su madre, pero sin ningún éxito. Allí no estaba el niño, rápidamente fueron a buscar al padre, y allí estaba Adán, junto a él. Estaba tirado en el suelo, con una sobredosis y Adán estaba muy asustado y sin saber qué hacer.

Tras este suceso, se volvió muy miedoso y no se atrevía a ir a la escuela ni acompañado, tuvo que superar su miedo y, tras dos meses intentándolo consiguió salir a la calle sin ningún miedo.

Pero ya tenía casi seis años, y seguía sin ser adoptado. Era verano y no salía del centro, el niño quería salir, divertirse, ir a la playa y jugar. Pero no había ido a la playa desde que tenía tres años y lo habían llevado sus voluntarios, él eso ya no lo recordaba, por lo tanto sólo sabía lo que era la playa por fotos que había visto en libros.

Antes de empezar el curso, al niño lo trasladaron a otro centro en Gijón, por lo tanto volvía a no conocer a nadie y a estar asustado, porque para él todo era nuevo. Y él, a pesar de su corta edad, era muy tímido y le costaba hablar. Tenía que empezar a un nuevo colegio con nuevos compañeros y nuevos profesores, y lo que es peor, en su vivienda tampoco conocía a nadie. Le costó mucho empezar a tener amistad con alguien, pero tras un mes dejó su timidez y empezó a hablar con una niña que se llamaba María. Jugaron y se divertieron durante toda la tarde. Además María estaba en el mismo centro que él, y estaba en su clase. No le estaba costando mucho adaptarse al nuevo nivel escolar, ya estaba en primero de primaria y sacaba unas notas muy buenas.

En su colegio realizaban actividades extraescolares, y comenzó a jugar al balonmano. Acababa la escuela, comía en el comedor, y después acudía al polideportivo del colegio para entrenar. No eran muchos niños, sólo eran diez, pero se lo pasaban muy bien. En el primer partido marcó tres goles y su equipo ganó, por lo que estaba muy contento. Le contó a todo el mundo lo sucedido, muy orgulloso de su logro.

Pronto se le quitó la alegría, porque María se iba del centro, la daban en adopción, y él estaba triste porque ya no la iba a volver a ver, se marchaba a otro lugar.

Él se daba cuenta de que muchos de sus compañeros se iban en adopción, como él decía, con una familia de verdad. Y pensaba, que él ya nunca se iba a ir. Por el momento todavía no lo habían metido en el programa de adopción, a pesar de que ni su padre ni su madre iban a verlo.

Pero la justicia es muy lenta, y estos niños dependen de un juez, el juez dictamina si el niño se va en adopción o no. Porque en la mayoría de los casos, por desgracia, los progenitores no firman la renuncia a los niños, aunque no los vayan a ver en toda su vida.

Ahora ya no mantenía una buena amistad con ninguno de sus compañeros del centro, pero había hecho muy buenos amigos en el equipo de balonmano. Jugando todos se lo pasaban genial, aunque a veces, se enfadaban por tonterías. Por ejemplo, por quién metía los goles, o por cosas de este estilo. Pero pronto todos volvían a ser amigos, no tenían peleas entre ellos, se llevaban todos muy bien. Tenía un inconveniente, ninguno de ellos vivía con Adán, entonces al llegar a su casa se ponía un poco triste, pero pasaba poco tiempo allí. Porque mientras que iba al colegio, comía en el comedor y entrenaba, le quedaba poco tiempo en casa.

Pronto conoció a Jonathan, y se hicieron buenos amigos. Adán le convenció para que se apuntara a balonmano, al principio no quería, pero al final accedió a hacerlo.

Era su cumpleaños, cumplía siete años, y ese mismo día acababa de llegarles al centro la noticia de que acababa de entrar en el programa de adopción, y para su cumpleaños le dieron un regalo, y además, un sobre en el que venía su entrada en el programa. Al recibir el sobre, se le quedó una cara de sorpresa, como pensando, para qué quiero yo un sobre, pero al abrirlo; se llevo una grata sorpresa, estaba en el programa de adopción, y pronto se iría con una familia de verdad por lo que estaba muy contento.

7-9 ANOS. UNA FAMILIA

A la semana siguiente, fue a visitarle al centro una pareja. Tenían unos cuarenta años, y además tenían otro hijo. El niño se llamaba Pedro y tenía quince años. Vivían en Oviedo, cerca del parque en el que él había nacido.

Tras siete años iba a poder vivir una vida normal como el resto de los niños. A los dos días de su visita Adán se marchaba, como bastantes de los compañeros que él había tenido. Estaba un poco triste por tener que dejar a todos sus compañeros, pero en el fondo estaba deseando marcharse de allí, por lo que estaba encantado de irse a vivir con sus padres.

Por desgracia, sus padres lo vieron cuando tenía ya siete años, y se perdieron muchos momentos muy emocionantes de la vida de un niño, como cuando empiezan a caminar, dicen su primera palabra, o tantas otras cosas.

Pero sus voluntarios habían conservado fotos de los tres años que había estado con ellos, y al enterarse de la noticia le prepararon un álbum, para que no se quedase sin fotos de su infancia.

Los padres se lo agradecieron mucho, llamaron al centro para darles las gracias, pero allí no tenían el número de teléfono de ellos.

Adán empezó a un nuevo colegio, con nuevos compañeros de clase, pero esta vez ya no le importó tanto, porque a la vez que él, iba a ese colegio su hermano mayor que le ayudaba a conocer a sus amigos, y estaba con él durante los primeros recreos hasta que tuvo los suyos propios.

Pronto se acostumbró a su nueva vida, en la que la mayoría de las cosas eran más fáciles. Sus relaciones con sus padres eran muy buenas, sus padres tenían mucho dinero y vivían en un chalet muy grande. Adán tenía una habitación para él solo, pero prefería dormir con Pedro, porque durante toda su vida había dormido acompañado y tenía miedo a dormir solo. Sus padres se lo permitieron para no obligarle a estar solo, porque no sabían por lo que el niño había pasado, y además, Pedro les había dicho que no le importaba ya que sabía que sus padres estaban encantados con él, y a pesar de que a él no le parecía una buena idea lo de adoptar a un niño, no les comentó nada al respecto, y ahora tampoco les dijo nada. Por lo que acabaron compartiendo habitación.

Un día Pedro y Adán tuvieron problemas porque a Pedro le había desaparecido la consola y acusaba a Adán de habérsela robado. Entonces, le mandó que se la devolviera, pero Adán no la tenía, así que no podía dársela. Los padres le preguntaron a Adán que si era verdad que se la había quitado a Pedro, pero Adán les dijo que eso no era cierto. Entonces ellos fueron a hablar con Pedro, y éste les

dijo que estaba totalmente seguro de que había sido Adán, porque su consola no había salido de casa y nadie había ido a su casa desde el último viernes, que era el día que había estado jugando. Sus padres le dijeron que no podía decir que había sido Adán si no lo había visto ni tenía nada coherente para verificarlo. Pero entonces, Pedro les dijo que Adán era un niño adoptado y que estaba acostumbrado a robar. En ese mismo instante Adán iba a entrar por la puerta para decirle a Pedro que él no había sido, pero al oír esto, se fue muy disgustado a su habitación. Sus padres castigaron a Pedro, y mientras estaba castigado en su habitación encontró la consola debajo de su cama. Adán al principio confiaba mucho en su hermano, pero pronto se dio cuenta que su hermano no lo quería, sólo lo aparentaba para no disgustar a sus padres.

Los padres le explicaron que Pedro estaba en una edad muy mala y que no todo lo que decía era cierto, y aunque hubiera dicho eso, no creían que en realidad él lo pensaba. Pero Adán no les creyó.

Desde aquel día Pedro y Adán no tienen la misma relación, Adán dejó de dormir en la habitación con Pedro y empezó a dormir solo. Sus padres no sabían qué hacer para arreglar esta situación, porque Adán ya no confiaba nada en Pedro, ni Pedro en Adán. Adán se enfadó mucho, y empezó a mirar un álbum que tenía en su cuarto de su antigua vida, con fotografías que le servían para acordarse de cómo había sido su vida durante siete años. Se emocionó mucho al ver una foto de María; por el contrario, de Juan ya casi no se acordaba, habían pasado ya muchos años y Adán era incapaz de recordar a los compañeros de sus primeros centros. A sus voluntarios ya no los recordaba en absoluto, pero conservaba con él el álbum que le habían entregado. Y en sus ratos libres, siempre le gustaba mirar los álbumes que tenía de su antigua vida. Muchas veces pensaba que él cuando fuese mayor adoptaría a un niño o a una niña, porque no le gustaría que nadie pasase la infancia sin una familia normal como él. Le parecía una cosa muy triste.

Tras un año, la relación con su hermano mayor ya casi era como al principio, pero aún desconfiaban uno del otro. Pedro había madurado un poco, y quería hacer las paces con Adán, pero ahora era Adán el que no sabía si esto era cierto o no. Pero a pesar de todo, los dos se dieron un pequeño margen de confianza.

Un día de regreso a casa, pasaba por el parque del Campillín y vio a una señora con unos ojos idénticos a los suyos, y ambos se quedaron mirándose fijamente. Fue durante un instante, rápidamente giró la cara porque no quería recordar ni a su madre, ni lo que le había hecho sufrir su padre el día en el que se lo llevó. A pesar de que era su madre, había sufrido mucho durante su infancia, y no quería que le volviese a suceder lo mismo otra vez. Aceleró el ritmo y siguió su camino, le costó mucho hacerlo. Pero tenía ya nueve años y su madre no había sabido nada de él durante todo este tiempo, por qué ahora iba a querer saberlo. Durante su infancia nadie había acudido a verlo, y a él eso le afectó mucho y marco su infancia y su vida. Eso son cosas que no se olvidan.

Adán hoy es un niño feliz, que tiene una familia, un hogar, va contento a su colegio y sigue jugando a balonmano.